

El Movimiento de Gallarate

Era conocida la historia de este movimiento filosófico, no sólo por los volúmenes que contienen las Actas de las diferentes Asambleas celebradas, sino también por otras publicaciones, como es la «Enciclopedia Filosófica», y especialmente por la obra del Padre Carlo Giacon, *Il Movimento di Gallarate: i dieci Convegni dal 1945 al 1954* (1).

En esta obra reseña el P. Giacon las diez primeras Asambleas. Ahora acaba de salir otra obra, debida a Albino Babolin, titulada *Il Movimento di Gallarate: i dieci Convegni dal 1955 al 1965* (2), que prolonga la anterior y le añade datos complementarios de interés.

En el prólogo explica el autor cómo se inició este Movimiento, con las siguientes palabras: «cuando la guerra apenas había terminado y era inmenso el trabajo de reconstrucción, reclamado en diversos estadios de la vida nacional. Mientras algunas orientaciones políticas, económicas y sociales intentaban dar una sistematización renovada y completa a la compleja vida del país con una pretensión de validez exclusiva, la filosofía italiana, después de la crisis del positivismo y del idealismo, revelaba una profunda incertidumbre para formular una respuesta precisa a los agudos y fundamentales problemas del hombre, proyectado en su situación histórica total. Ante esta comprobación, un grupo de profesores universitarios, unidos y ayudados por una concepción común de la vida, inspirada en la verdad substancial de la Revelación cristiana, advirtió la responsabilidad de afirmar la perenne validez de una filosofía que, hasta conservando una autonomía propia en el plano teórico de los principios y en el de la interpretación de la experiencia histórica, no obstante conservase una apertura metafísica a las mismas llamadas de la Revelación. La primera Comisión promotora de este nuevo desarrollo filosófico fue formada por los profesores Battaglia, Giacon, Guzzo, Padovani, Sciacca y Stefanini».

(1) Publicado por C.E.D.A.M., Padova 1955; el volumen tiene 222 páginas.

(2) Publicado por Casa Editrice Prof. Riccardo Pàtron, Bolonga 1966; el volumen tiene 357 páginas. Precio, 4.000 liras.

Con estas palabras nos describe el profesor A. Babolin el origen de un Movimiento que está llamado a tener tanta repercusión en el ámbito filosófico europeo.

El autor no sólo reseña los veinte «Convegni» promovidos por el Movimiento de Gallarate, sino le añade también una breve exposición de otros frutos que ha producido, como son la publicación de la conocida Enciclopedia Filosófica, la Bibliografía filosófica italiana, la Colección de monografías filosóficas y la concesión de Premios de Filosofía.

Como es obvio, recomendamos a todas las Bibliotecas filosóficas la adquisición de este volumen que será de gran utilidad para conocer uno de los aspectos del movimiento filosófico europeo en la posguerra.

Añadiremos a esta reseña que posteriormente a las Asambleas cuya historia recoge aquí el P. Babolin se ha tenido en Gallarate otra, el Convegno XXI, que se celebró del 5 al 7 de septiembre de 1966, consagrado totalmente al estudio del interesante tema «Ideología y Filosofía».

Fueron ponentes los Profesores Luigi Pareyson y Helmut Kuhn; de Turín y de München respectivamente.

En el punto de vista de ambos ponentes había algo común: daban a la palabra «Ideología» (o *Weltanschauung*) un sentido peyorativo. Había algo en Kuhn que no estaba en Pareyson: rechazar la pretensión de hacer *una sola* Filosofía, de validez intemporal y universal.

La razón de este enfoque está en que había algo «no-dicho», subyacente en las dos ponencias, lo cual de hecho condicionaba toda la exposición. Lo «no-dicho» era que al hablar de Ideología pensaban especialmente en la mentalidad nazi con todos los males que acarreó. Como reacción, Pareyson hacía notar que mientras la Filosofía es (digámoslo así) racional y «manifestativa» de la verdad, en cambio la Ideología es puramente afectiva, irracional y sólo «expresiva» de una situación. Helmut Kuhn tenía una reacción todavía más radical, pues venía a considerar (hasta sin decirlo expresamente con estas palabras) que la Ideología precisamente causaba sus grandes daños por pretender «imponer» una concepción para todos y para todo tiempo. La Filosofía, según él, no puede pretender ser «única».

Ya se advierte el gran interés que suscita tal problema así planteado, ante una asamblea de Profesores universitarios de Filosofía. Por esto las relaciones que siguieron a la exposición de los dos primeros, se dividieron en una multitud de tendencias y observaciones.

Séame permitido dar realce a una posición, que en cierta manera (sólo en «cierta» manera) se oponía a la tesis de los dos ponentes. Es la posición en la que substancialmente coincidíamos el P. Juan Lotz, S.I. (de Pullach) y yo.

Podría quizá resumirse la posición del P. Lotz de esta manera: la Metafísica precisamente por «prescindir» de lo singular, temporal e histórico, puede legítimamente pretender una validez universal, supratemporal o intemporal y necesaria; pero por darse siempre esta concepción, realizada en algo individual, temporal e histórico, depende «extrínsecamente» del devenir histórico y de todas las otras condiciones humanas; por tanto se puede evitar el relativismo precisamente por el carácter absoluto, universal y necesario de la Metafísica, pero se explica su evolución en cuanto al hecho de que se dé o no se dé, que se dé con mayor o menor hondura, gracias al condicionamiento material y singular que es la manera humana de hacer Metafísica.

Por lo que a mí toca, siguiendo en esta misma dirección del P. Lotz expuse ante todo que no hay una «radical» oposición entre Ideología y Filosofía, sino que toda Ideología tiene siempre algo filosófico, y toda Filosofía tiene algo ideológico. ¿Por qué? Por la razón de que si bien es condición indispensable para fundamentar el pensamiento humano, las ciencias y la Filosofía, afirmar la total identificación entre «ens» y «verum», es decir, la total inteligibilidad de lo real, no obstante, esta total adecuación sólo se da a un plano superior: en el plano del Creador, que por lo mismo que todo depende de El en todo, es decir hasta en cuanto al mismo Ser (esto es crear) pone el apriori *constitutivo* o verdad metafísica; la cual es absolutamente trascendente o sea del todo universal y necesaria, precisamente porque es Infinito y Creador el fundamento de todo Ser y de toda Verdad. Por tanto el hombre no podría formular ni un juicio diciendo «es» con el carácter absoluto de la Verdad, si no estuviese subyacente la radical identificación entre Ser y Verdad, y por tanto entre Pensar y Ser, Esencia y Existencia en el que es fuente y principio fundamentante de toda realidad; pero tampoco podría formular ningún juicio si esta identificación se diese a *nivel humano*: pues ya no habría, por hipótesis verdad lógica, sino ontológica, y por consiguiente ya no se formularía juicio cuyo predicado es universal en sentido abstractivo o precisivo, lo cual requiere un progresivo acercamiento al límite, un progresivo enriquecimiento, una sucesiva adecuación Pensar-Ser, Esencia-Existencia, que a su nivel humano es radicalmente imposible.

De ahí se deduce que el ser humano que filosofa es antes «hombre», que «filósofo»: y por esto ha de estar sostenido en este proceso, por todos los elementos extrínsecos que influirán en él, propios de la certeza «libre». Por ejemplo, dije, un jugador de ajedrez muy conocido como campeón mundial, bebía vino para acertar con la solución de sus problemas ajedrecísticos. Esto no quiere decir que su solución o verdad sea «irracional», sino que tiene «otro carácter de racionalidad», la que es propia de aquel ser que ha de ser sostenido por elementos *con que* hará la Filo-

sofía, no que son la Filosofía. Por consiguiente, lo interesante es que el hombre que filosofa se dé cuenta de la *responsabilidad de su pensamiento*; que se deje llevar de la embriaguez de su razón, sino que constantemente exija refrendarla por el contacto con la totalidad y objetividad del «hombre» que filosofa. Estas palabras mías podrían haber recordado las concepciones de un gran filósofo, cuyo eco repetían. Efectivamente, si en la primera parte había un eco de Suárez, con su colosal concepción de la Metafísica, en la segunda parte había un eco de nuestro Jaime Balmes, cuyas son aquellas palabras con que termina el libro I de su Filosofía Fundamental, rechazando las palabras de Schelling: «A más de las *preocupaciones* facticias, las hay *primordiales*, puestas en el hombre, no por la educación, sino por la *naturaleza misma*, que para todos los hombres ocupan el lugar de principios del conocimiento, y son un escollo para el pensador libre». A estas palabras contraponen Balmes su pensamiento: «Por mi parte, no quiero ser más que todos los hombres; no quiero estar reñido con la naturaleza; si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio a la filosofía y me quedo con la humanidad».

En realidad no hay que renunciar a la Filosofía; hay que renunciar a una Filosofía que sea una pura deducción geométrica (a lo Hegel), o una pura encerrona inmanentística (a lo Kant e idealismo absoluto); si se va por este camino, entonces es cuando pueden salir Ideologías reñidas con la realidad, que harán saltar de un extremo a otro: desde pretender una «total» racionalidad saltarán a decir «sólo racionalmente» que hay una «total» irracionalidad, la del *mito*. Pero una Filosofía, como es la Filosofía cristiana, por el contrario es capaz de dar una Metafísica que con su absolutez, total universalidad y necesidad, evite el relativismo, el irracionalismo; pero por exigir todo el hombre, no la mera razón sin recurso a la experiencia e historia, para formarse, no desemboca en una Ideología mala, si no es por un influjo malo de la voluntad, que en vez de ayudar haya desayudado.

Esta era, para decirlo en sus líneas fundamentales, mi posición en este problema tan interesante que se trató en el XXI Convegno de Gallarate. Quizá no esté fuera de sitio, que me haya permitido exponer esta aclaración.

Por lo demás, tanto esta relación como todas las otras que se leyeron, se podrán consultar dentro de poco cuando se publique el volumen de las Actas de este Congreso, en las que se encontrarán relaciones sumamente sugestivas e interesantes que acreditan el alto nivel que han tomado estos «Convegni» ya famosos en el pensamiento europeo.

Juan ROIG GIRONELLA, S.I.